

cionarios viejos y nuevos, todas marcadas por sus propias capacidades de solidaridad, coherencia y vinculación con las prácticas diarias de la administración. La consolidación y perpetuación de cada una de ellas marcó la desigualdad en la permanencia de cada uno de los grupos sociales.

Jorge SILVA RIVER

*Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey*  
Campus Ciudad de México

Ana Cecilia RODRÍGUEZ DE ROMO y Xóchitl MARTÍNEZ BARBOSA: *Estudios de historia de la medicina: abordajes e interpretaciones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001

Hace ya muchos años un historiador de la medicina mexicana afirmó que, de todas las ramas del saber científico cultivadas en nuestro país, había sido la medicina la que contaba con mayor número de trabajos historiográficos que abarcaban, sin solución de continuidad, desde la época del México antiguo hasta el siglo XX. En efecto, ha sido la medicina en todas sus manifestaciones la que desde el siglo XVI ha sido objeto de las más detalladas investigaciones y han sido médicos, en la mayoría de los casos, los que se han inclinado sobre el pasado de su ciencia con una mirada a la vez crítica y humanística, y la obra que aquí comentamos no es la excepción a esta regla, pues es tanto una recapitulación del pasado, como una evaluación del presente y una prospectiva del futuro de la medicina en México. Con agudo sentido crítico, científico e histórico sus dos coordinadoras y editoras, las doctoras Ana Cecilia Rodríguez de Romo y Xóchitl Martínez Barbosa, lograron reunir veinte textos, agrupados en cuatro secciones, que forman un amplio espectro de la historia de la medicina mexicana y de sus proyecciones. Son 20 estudios heterogéneos, con enfoques diversos, pero que poseen en común una sólida erudición, un evidente sentido crítico y, en algunos de ellos, incluso, ciertas virtudes hermenéuticas que resultan no sólo interesantes, sino también polémicas.

Y es que, como asienta el doctor Ruy Pérez Tamayo en la "Presentación" de este libro, el estudio de la historia no puede ceñirse a las "restricciones utilitaristas" con que a menudo los políticos y

economistas la utilizan ya que si bien la historia puede ser la “maestra de la vida”, su función no se limita a esta característica únicamente, por valiosa que ella sea, ya que como dice el doctor Pérez Tamayo, existen tres razones mucho más importantes por las que este conocimiento es “valioso para el ser humano” y que él sintetiza de la siguiente manera: 1) una de las dos diferencias esenciales entre el hombre y el resto del reino animal es su capacidad para crear y registrar su historia (la otra es el lenguaje); 2) la evolución de *Homo sapiens*, única especie cuyos mecanismos de adaptación a los cambios ambientales obedece no sólo a fenómenos biológicos, sino también culturales, se basa en su memoria histórica, y 3) el conocimiento científico, que hoy se acepta como la única aproximación válida a la realidad, es fundamentalmente histórico y en muchas disciplinas acumulativo (*malgré* Kuhn), por lo que su manejo teórico y práctico requiere familiaridad con su historia, que forma parte integral de su presente.

Cabe decir que esta concepción de la historia de la ciencia como parte vertebral de la cultura científica contemporánea es la única que permite una visión integral de la tarea científica. Y esta idea es la que permite que el doctor Pérez Tamayo concluya con una afirmación que es una exacta síntesis del contenido del libro. Para un médico —nos dice en su “Presentación”— el conocimiento de la historia de la medicina “forma parte de la medicina que el médico debe conocer para cumplir con los objetivos de su profesión” y que son preservar la salud, curar o aliviar al enfermo y evitar muertes prematuras e innecesarias. Y es que en el origen de estos objetivos existe una obvia motivación “ética”, que es la que realmente debe determinar la actuación del médico frente al paciente, y esta ética tiene clara y evidentemente raíces históricas. En más de un sentido la ética médica y la historia de la medicina son dos conceptos indisociables. Y esto lo expresan con claridad las doctoras Rodríguez de Romo y Martínez Barbosa, cuando, en su “Introducción” asentaron lo siguiente: “la historia de la medicina ya trascendió sus propias fronteras [ya] que en su campo y con sus herramientas se abordan problemas de contexto ético, antropológico o social. Situaciones muy actuales, cuyas raíces afectan el ejercicio y el futuro de la disciplina”.

Congruentes con este modo de pensar, estas dos historiadoras recapitularon en forma sumaria la vasta producción bibliográfica de la historia de la medicina en México, y señalaron el enfoque multidisciplinario que hoy en día requieren estos trabajos historiográficos y que no es otro que el que ellas quisieron darle

a esta obra la cual intenta darle al lector: “una gama de temáticas estudiadas desde la posición de diez médicos, dos biólogos, seis historiadores, una psicóloga y una escritora. Tales son los autores de este libro”.

Recorriendo los textos históricos que forman esta obra observamos que sus autores —médicos o historiadores de profesión— han acudido con rigor y acuciosidad a fuentes primarias de toda índole: los Archivos: General de la Nación, el Histórico de Antropología, el General del Estado de Puebla, el Histórico de la Catedral de Tepic y el Histórico de la Secretaría de Salud; cuenta aparte de publicaciones periódicas y hemerográficas y la utilización cuidadosa y crítica de fuentes básicas como los textos de los cronistas de la conquista de México, crónicas coloniales, textos médicos de los siglos XVI-XIX, edictos, bandos y fuentes estadísticas impresas de los siglos XIX-XX. Y en la última sección de este libro nos encontramos con fuentes tan variadas como los textos mágicos y hagiográficos, biografías y estudios sobre Sigmund Freud, y un análisis profundo e inteligente de *La nave de los locos* de Sebastián Brant. En suma, toda una gama de fuentes y textos que explican el carácter heterogéneo —y, cabe decirlo— a veces un poco desigual de la obra. Así y todo, el recorrido por esta multiforme historia de la medicina no deja de ser fascinante, ya que los textos están sólidamente elaborados dentro de los métodos historiográficos tradicionales que, hasta donde sé, es la única forma de poder reconstruir el pasado (aunque sea en forma limitada y a veces también conjetural). Pero ya tendremos ocasión de volver sobre este punto.

\*

Por medio de los cronistas de Tlaxcala y de los que narraron la conquista, Moisés Morales ha hecho una amena y erudita reconstrucción de los problemas que enfrentó Hernán Cortés en su marcha de las costas del golfo de México a la gran Tenochtitlan, la ayuda médica indígena que recibió, el tipo de alimentación que tenían y el estado de salud tanto física como psicológica que sus hombres —y él mismo— tenían ante semejante empresa. Esto nos permite conocer, antes de los textos clásicos de los misioneros franciscanos y de otros autores, los tipos de medicina indígena basados en la herbolaria, que tenían los tlaxcaltecas, con lo que se abre un camino, hasta ahora poco explorado, a la investigación de esa que podemos ya denominar la paleomedicina

colonial, que es —por contradictorio que pueda parecer el término— anterior a la conquista militar de la capital azteca.

Por muchos aspectos, el interesante artículo de Martha Eugenia Rodríguez y Francisco Balbuena nos introduce en el escalofriante tema de las inhumaciones que se realizaban en la ciudad de México en el siglo XVIII. Aunque en rigor el problema sanitario de aquéllas data del siglo XVI, no fue, sino hasta el XVIII en que, con la llegada de las ideas científicas de la Ilustración, se propuso poner fin a tan perniciosa costumbre. Es por ello que los autores hacen una evaluación de las deplorables condiciones sanitarias de la ciudad de México y el agravante que representaba enterrar los cadáveres en sitios que resultaban muy dañinos a la salud de los habitantes de la nunca muy limpia y aseada capital virreinal. Cementerios no planificados o inexistentes obligaban a depositar los cadáveres en iglesias, atrios, patios de conventos y hospitales. La solución a este problema fue tarea de los hombres de ciencia novohispanos, médicos en su mayoría, así como de funcionarios virreinales, de párrocos y sacerdotes. Tarea no pequeña que dio origen a una legislación sanitaria antecedente de la copiosa legislación del siglo XIX.

La llegada de las ideas médicas de la Ilustración a la Nueva España se pone de manifiesto en la erudita investigación que Ana María Dolores Huerta Jaramillo le dedicó al hospital San Pedro de Puebla por muchos aspectos interesante. La labor de Ignacio Antonio Domenech y de su sucesor Mariano Cabofranco revela lo mucho que los médicos ilustrados hicieron por difundir modernos métodos quirúrgicos y de diagnóstico, el reglamento que implantaron para el uso de aparatos e instrumentos y el enorme gasto económico que realizaron. La creación de la benemérita Academia Médico Quirúrgica de Puebla nos revela los contornos de la rica comunidad científica ilustrada poblana que desde el siglo XVIII dio valiosos nombres a la ciencia de México, como Revilla, Cal, Anzúrez, Bravo, Alducin, Raudón, Méndez y Escalante. Su texto es una invitación a seguir explorando tan interesante tema.

Sin duda alguna, es digno de encomio el trabajo que Alfredo Díaz Alejandro realizó sobre la historia de los hospitales de Nayarit. Reconozco la sorpresa que me causó su lectura, pues a partir de un puñado de fuentes primarias críticamente analizadas logró rescatar del olvido esa porción de la historia médica del occidente mexicano, relegado y rezagado, como él dice, del desarrollo de la medicina en México. Su texto resulta no sólo inno-

vador, sino que también abre caminos a un pasado inexplorado que no por poco conocido es menos valioso. Su análisis de las epidemias de 1535, 1545 y 1576, como el motor que impulsó la fundación de hospitales en Nayarit nos revela un aspecto poco conocido de la historia de las epidemias en México, pero acaso su principal interés radique en haber mostrado que la fundación del hospital de Tepic el 14 de abril de 1611 se debió a la iniciativa del indio Pedro León y de una cofradía, de ahí su nombre de hospital de los Indios. A partir de ese año y hasta nuestro siglo el régimen hospitalario nayarita vio aparecer en 1791 el de San José y años después el de San Vicente y el Militar; dependientes todos ellos del gobierno local o de instituciones privadas o religiosas. Un rescate historiográfico que merece reconocimiento.

Las cualidades de una historiadora profesional se traslucen en el sólido texto que Xóchitl Martínez Barbosa dedica al hospital San Andrés. Con información cruzada tomada de archivos, legislación y periódicos nos describe cómo fue establecida en México en la segunda mitad del siglo XIX la Beneficencia Pública de nuestro país. Con minuciosidad relata los cambios que estas medidas obligaron a tomar a los hospitales e instituciones de asistencia social entonces existentes, y el valioso proyecto —largamente diferido hasta principios del siglo XX— para reorganizar los servicios médicos de los hospitales. Nuestra historiadora señala la labor de los doctores Malanco y Liceaga en la implantación de esas medidas y subraya la importancia del decreto de Juárez del 2 de febrero de 1861 en esta renovación radical de las prácticas médicas, que habrían de ser impulsadas por otros médicos como Barrera, Marroquí y Rivadeneira. Una historia del siglo XIX que hemos visto repetirse muchas veces en el siglo XX y que nos hace recordar que la historia es sin duda la maestra —no siempre escuchada— de la vida.

La —para mí insólita y desconocida— participación de los médicos mexicanos en la Exposición Universal de París en 1889 es el tema que provocó los desvelos —y a juzgar por el texto también el disfrute— de Gabino Sánchez Rosales. A partir de la invitación oficial del gobierno francés al mexicano se puso en movimiento todo un grupo de funcionarios, intelectuales, empresarios, artistas y científicos que concurrirían a esa magna exposición, manifestación decimonónica de la fe en los progresos científico y tecnológico. Los médicos mexicanos participaron activamente: “enviaron trabajos, maquinaria, manufacturas y otros objetos”, como un alambique ideado por Leopoldo Río de la Lo-

za. Por su parte los boticarios enviaron muestras químicas y los aparatos y utensilios para elaborarlas. Pero donde más destacaron los galenos mexicanos fue en la exhibición de: "material, instrumentos y aparatos para los usos y estudio de la higiene, incluyendo material para el saneamiento de las habitaciones, edificios y ciudades, calefacción, ventilación, alumbrado, canalización de aguas, caños, cajas hidráulicas, excusados, mingitorios públicos y privados, desagües y letrinas. Además de exhibir aparatos para transporte, recepción y tratamiento de inmundicias, filtración de aguas, esterilización, desinfección, inhumación y destrucción de cadáveres, planos, modelos y documentos de los servicios de higiene dependientes del Estado, departamentos y municipios, así como planos, modelos, mobiliario y arreglos de hospitales y casas de asilo para dementes y maternidad, sin olvidar los aparatos para la profilaxis de las enfermedades contagiosas".

La lectura de este texto nos pone de manifiesto el enorme esfuerzo modernizador, en todos los órdenes, que se llevó a cabo durante la República restaurada y el porfiriato y durante el cual las ciencias fueron beneficiarias.

Con singular paciencia y un agudo sentido de la dimensión lúdica de la historia, Claudia Agostini nos brindó un texto tan erudito como ameno al describir cómo afectó al gremio de médicos la difusión indiscriminada de todo tipo de anuncios publicitarios de específicos para curar males reales e imaginarios, lo que sin duda era todavía en aquellos años una muestra bastante modesta de lo que ha llegado a ser hoy en día una plaga publicitaria que lo menos que provoca es una irremediable oftalmía purulenta a los que tenemos la necesidad de transitar por esta sufrida capital. En efecto, ayer como hoy: "Los habitantes de la ciudad de México fueron informados sobre la existencia o invención de tónicos, jabones, estimulantes y medicamentos para males digestivos y respiratorios. También proliferaron los medicamentos para las llamadas 'enfermedades de señoras'; las terapéuticas novedosas, como la del sistema Bannette para la impotencia, o bien productos como el Cinturón Eléctrico del Dr. Mc Laughlin, que según su publicidad, curaba prácticamente todos los males que podían afligir al hombre".

Y más todavía: "Otros productos garantizaban curar hasta lo incurable. Por ejemplo, el anuncio del llamado 'específico' del Dr. Amezcua Moreno, informaba que en un plazo no menor de 15 días ni mayor de 30, podía curar el reumatismo, la gota, la gonorrea, el mal venéreo, el hervor de sangre, los tumores y las angi-

nas. El costo del frasco era de tan sólo \$ 1.50, y se podía adquirir en la calle de Alcaicería 11”.

Es explicable el rechazo de los médicos a este tipo de publicidad, tanto por el daño que podían causar a la salud como por razones éticas.

La autora subraya el daño que causaba al prestigio del gremio este tipo de abusos y la charlatanería inherente a la desenfrenada publicidad comercial. La última sección del libro fue titulado por las coordinadoras “Religión y arte en la medicina” y reúne cuatro estudios tan diversos como eruditos y sugestivos. El texto de Jacalyn Duffin nos pone “frente a la crisis actual del humanismo en la medicina” y muestra cómo, al igual que en todas las épocas pasadas, la falibilidad de la medicina científica lleva irremediablemente a buscar en la magia y en la religión la cura de la enfermedad, y aunque el texto está dedicado a los Santos Cosme y Damián y su culto en la ciudad de Toronto, es claro que pone de manifiesto una práctica común en muchos países del mundo entre los cuales México no es la excepción. Hagiografía y magia fueron y son una de las dimensiones en gran parte olvidadas de la historia de la medicina mexicana.

En esa línea mítico-religiosa cae el tema de la investigación de Arnulfo Irigoyen Coria, Herlinda Morales López, Francisco J. Gómez-Clavelina y E. Raúl Ponce Rosas, todos ellos del Departamento de Medicina Familiar de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. El tema en cuestión, el ciclo vital familiar en la tradición judeocristiana, abre caminos inéditos de exploración historiográfica, pues a partir de textos bíblicos y talmúdicos, reinterpretan el contenido de las etapas familiares, sus crisis, y su fuerte contenido psicosomático, para de ahí exponer cuál debe ser el apoyo clínico adecuado a ese tipo de “males ocultos” que a menudo cobran más víctimas de las que suponemos.

El ameno artículo de Rosa Korbman de Shein nos introduce en una dimensión hasta hace algunos años poco estudiada de la vida de Sigmund Freud: sus afanes de coleccionista, mal incurable al que el padre del psicoanálisis consideraba —creo que con benevolencia— como una “adicción”. (Yo en lo personal creo que es mucho más grave.) La autora señala con toda pertinencia y conocimientos que ese afán coleccionista y el interés de Freud por la arqueología subyacen en su modelo del funcionamiento psíquico del hombre: el psicoanálisis, concebido como una arqueología del alma humana. No me siento capacitado para eva-

luar este paralelo, pero reconozco que es altamente sugestivo sobre todo para un historiador.

Y *last but not least* Carlos Viesca Treviño nos ha dado, con su análisis de la obra de Sebastián Brant, obra clásica del siglo XV, un texto tan sabio como vigoroso que revela lo que puede lograr la lectura inteligente y maliciosa de un texto que retrata con lujo de detalles las dimensiones de la locura humana, lo que este mal representó para el hombre del Renacimiento y cómo, bien visto, casi no existe forma de conducta humana que pueda escapar —en último análisis— al nombre de “locura”: “Los locos que pueden viajar en esta estultífera nave somos todos los seres humanos, y de la locura particular de cada uno dependerá el destino final”.

Hasta aquí la cita que, bien leída, puede provocar una sana reconciliación con la humildad.

\*

Quise finalizar con el texto sobre la locura del doctor Viesca Treviño ya que en los últimos años se ha presentado en el mundo académico una nueva especie de “estulticia” —no creo que pueda aspirar al honroso título de “locura”— que ha afectado visiblemente los estudios históricos sobre la ciencia y que consiste en afirmar que la historiografía de la ciencia debe señalar el carácter relativo y aleatorio del conocimiento científico por medio del tiempo, que su fin es indicar que el cambio de paradigma explicativo en cualquier rama de la ciencia ocurre por causas metarracionales, que el conocimiento científico está circunscrito y condicionado totalmente por las instituciones socioculturales y que la antigua e ingenua confianza en la objetividad del conocimiento científico estaba lamentablemente equivocada. Con estos parámetros es lógico que en los últimos años hayan aparecido obras de historia de la ciencia que descalifican a sus antecesoras como ficciones historiográficas e insistan en el carácter relativo —por no decir superfluo— de los hechos históricos, es decir de los datos, los cuales, mientras no sean interpretados según sus cánones hermenéuticos (por cierto, bastante discutibles) son pura y simplemente letra muerta.

Esto explica, que desde la “Introducción”, las coordinadoras de la obra hayan querido delinear el criterio que anima a los textos compilados, y que no es otro que la afirmación y confirmación del carácter científico que debe poseer todo estudio histórico. Estas son sus palabras: “Durante las últimas décadas la aspiración



de la historia de la medicina universal se ha orientado hacia una 'historia total', corriente historiográfica cuyo origen se ubica en la Escuela Francesa de los Annales, y cuyo propósito es relacionar los acontecimientos históricos que se estudian, con situaciones o condiciones de orden social, político, económico e ideológico. Así se supera la vieja pugna entre el internalismo y el externalismo. El libro que presentamos debe interpretarse como un pequeño esfuerzo por alcanzar esta tendencia universal, la cual en la práctica responde a una realidad que nos obliga día con día a observar, entender y estudiar el devenir histórico como producto de una relación multicausal".

Con esta toma de posición —que es un retorno a las fuentes básicas y a la heurística clásica de la historiografía científica— el tono del libro quedó establecido desde las primeras páginas. Es importante señalar los peligros que para este modo de escribir historia representa la nueva corriente a que antes aludimos. Ya en su brillante artículo sobre la enseñanza de la historia de la medicina, Louis N. Magnier advertía —repitiendo las tesis de Temkin— que la historia de la medicina (y de la ciencia en general) "debe mantener 'un buen balance entre los hechos y las ideas'. Debemos evitar que los estudiantes crean que pueden 'manejar las ideas sin conocer los hechos'".

Y ésta es precisamente la tendencia historiográfica de nuestros días: una historia sin hechos ni datos confirmados, sin archivos ni fuentes primarias; una historia apriorística hecha con un puñado de datos aleatorios que cada quien puede interpretar a su manera, en suma, un relato subjetivo que es, ésta sí, una auténtica historia-ficción si es que ambas palabras pueden agruparse de alguna forma ya que son absolutamente opuestas. Es claro, por otra parte, que los orígenes de esta nueva forma de escribir la historia de la ciencia resultan fáciles de trazar para cualquier estudioso. La misma historiadora antes mencionada hizo una breve síntesis de este fenómeno: "En la década de los sesenta hubo muchos cuestionamientos acerca de los fundadores, los objetivos y los principios de la historia de la ciencia y de la medicina. George Sarton y sus seguidores fueron considerados inocentes y aburridos, escritores de 'cronologías' más bien que de 'historia'. Posteriormente, en los setenta los conflictos se definieron en términos de 'internalistas' y 'externalistas'. Ahora, la 'nueva historia social', aparentemente está contra las versiones arcaicas de la historia de la medicina; *whiggery*, 'empirismo excesivo' o 'hagiografía'. Quizá la razón para acusar a Sarton de aburrido proven-

ga de la 'regla Sarton' que decía que el entrenamiento científico era necesario para trabajar en la historia de la ciencia".

Y aquí cabe recapitular lo que parece hoy en día una disyuntiva. Cito nuevamente a Louis N. Magnier: "¿La nueva historia de la medicina es realmente nueva? Quizá es la vieja historia del vino viejo en barricas nuevas ¿realmente estamos hablando de estudios que son sólo contexto sin contenido? ¿Es posible que sea cierto que no hay 'progreso', 'verdad' u 'objetividad' en ciencia o en medicina y que la única disciplina sin equivocaciones y progreso incuestionable sea la historia de la medicina? ¿Los nuevos historiadores y revisionistas están en lo correcto al atacar a sus predecesores, los grandes médicos y científicos?"

La respuesta es, obviamente, que no; y una obra de historia de la medicina como la que compilaron las doctoras Rodríguez de Romo y Martínez Barbosa es la prueba de que sin datos, archivos y fuentes no puede haber reconstrucción histórica. Sin datos no hay ni ciencia ni historia, sólo divagación subjetiva y fantasía, y coincido con Magnier cuando afirma que "algunos historiadores piensan que la 'nueva historia' no sólo 'carece de ciencia', sino que en realidad *es* 'anticiencia'".

A pesar de todos los anatemas que hoy en día se dirigen contra ella, creo que hay que volver la vista a algunos ideales de la Ilustración, actualmente tan repudiados y vejados. Ciertamente, no todo lo que los ilustrados del siglo XVIII creyeron, puede ahora ser aceptado, pero en general ellos nos alertaron contra los extravíos y excesos de la fantasía, la subjetividad desbocada y la superstición, y creo que debemos escucharlos nuevamente. Y en cuanto a la historia, creo con Renán que sí, en efecto, la historia es una "pequeña ciencia conjetural" (quizá no tan pequeña como él pensaba), sin embargo, no creo que pueda ser despojada fácilmente de su carácter de ciencia como bien se ve a todo lo largo de este libro de historia de la medicina. Pero hay algo más. Es necesario —vital incluso— defender este carácter rigurosamente científico de la historia de la medicina en particular, y de la historia de la ciencia en general, por las razones, básicamente éticas, que mencionábamos al principio de esta exposición y que pueden resumirse diciendo que una historia de la medicina debe ser, ante todo, una lección de ética.

Elías TRABULSE  
*El Colegio de México*